

La cultura de las tierras gerundenses en la Alta Edad Media

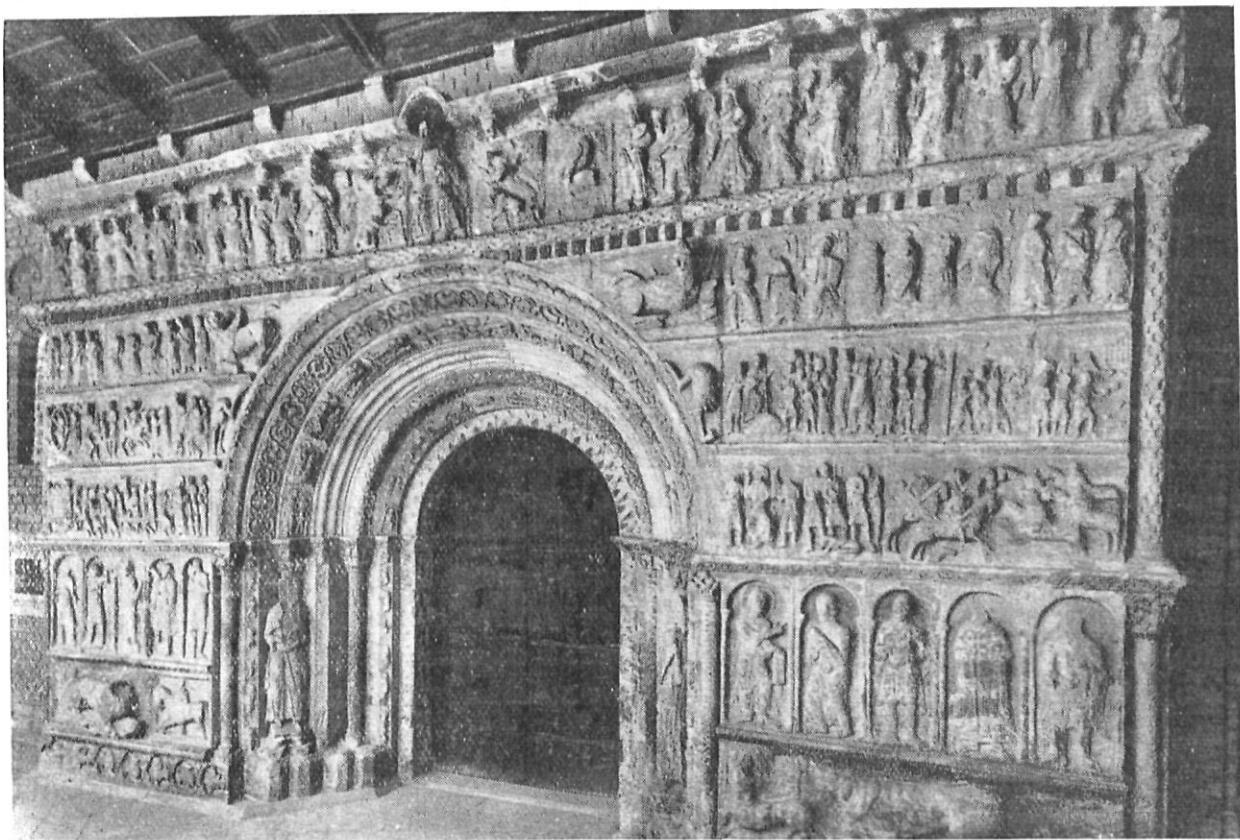
Por JOSÉ M.^a
MILLÁS
VALLICROSA

Fotos Archivo MAS

Las tierras gerundenses, sobre todo los altos valles del vecino Pirineo, enclavados en los condados de Besalú y de Cerdanya, poseen en el acervo de su historia el haber sido cuna de una gran cultura, precisamente en los tiempos de mayor depresión social y política de Europa, cuando a lo largo del siglo x se había venido abajo el edificio del Imperio Carolingio, cuando los piratas normandos, aún no cristianizados, saqueaban las costas del litoral atlántico de España al mismo tiempo que corsarios musulmanes irrumpían en las costas de Provenza y llegaban a saquear la célebre abadía de Saint Gall en los Alpes Suizos. Ultimamente, los historiadores han podido comprobar como las mismas tierras gerundenses fueron víctima, a mediados del siglo x, de una feroz irrupción de hordas húngaras, paganas aún, las que después de dejar un reguero de sangre y de ruinas en el Languedoc, pasaron los puertos de nuestro Pirineo y se cebaron en algunas poblaciones que entonces iniciaban su vida social: las pequeñas Santa Coloma de Farnés, al pie de las Guillerías (1) y Bañolas, cabe a su magnífico lago, vieron destruidas sus respectivas iglesias por los excesos de estos «nefandos paganos *a nefandis paganis*». Sólo la capital, Gerona, merced a sus robustas murallas, pudo defenderse del acoso de estas hordas húngaras. Estamos en la mitad del siglo x, coyuntura histórica considerada como fatídica para la Europa occidental por muchos historiadores: era una época de hierro, de tinieblas y de los llamados terrores milenarios. Aunque hoy día se ha rectificado la presentación tan peyorativa y deprimente que se hacía de este momento histórico, bien podría decirse que fueron días de gran prueba para Europa, y que, truncado el generoso esfuerzo cultural que suponía el Pequeño Renacimiento Carolingio, Europa se veía envuelta en espesas caligines, en espera de que algún día asomara un alborozado crepúsculo de nueva vida cultural.

Pues bien, podemos decir que las tierras gerundenses tienen el honor de haber viabilizado en aquella triste coyuntura histórica las luces de un nuevo crepúsculo cultural. Los altos valles gerundenses que se extienden a ambos lados de la cordillera Pirenaica, los valles del Ter, del Segre y del Tet rosellonense, ofrecieron pacífico y ameno asilo a merítimos cenobios benedictinos que fueron como a modo de viveros y almácigas de una vieja cultura que luego habría de proliferar en nuevas luces para la Europa latina. Hablamos de los cenobios de Santa María de Ripoll en la confluencia de los valles del Ter y del Freser, no lejos de la sede Episcopal de Ausona, entonces esclarecida por prestigiosos pastores, como el Obispo Attón; este monasterio de Santa María de Ripoll, situado en el corazón de las tierras pirenaicas gerundenses, en el extremo del viejo condado de Besalú, fue erigido por el glorioso primer Conde independiente Guifred (esta era la pronunciación viva, *Guifred* o *Guifré* de la palabra germánica transcrita tan frecuentemente *Wifredo*), para que fuera a modo de panteón glorioso de la casa condal catalana y para que, siguiendo la tradición benedictina, fuera a modo de mística colmena de virtud y de ciencia. El conde Guifred ofreció al que había de ser preclaro cenobio rivipullense, un hijo suyo, que profesó en la familia benedictina y, además, regaló al Abad Dagún y a sus monjes varios libros *«Tradimus tibi, Daquinus, cum fratres meos monachos libros secundum possibilitatem nostram...»*. Entre estos libros había un maravilloso Salterio *«Psalterium argenteum»*, o sea, un Salterio escrito con tinta de plata y oro, según el estilo, tan celebrado, de los calígrafos de la Escuela Carolingia de Aquisgrán. Este primer fondo de libros del *Scrip-*

(1) En la **Historia de Santa Coloma de Farnés y su comarca** (1951) no pude identificar, el nombre, muy corrompido en las fuentes, de tales húngaros.



Portada de Ripoll, con los extraordinarios relieves bíblicos.

torium del monasterio de Ripoll debió de acrecentarse grandemente a lo largo de los siglos IX y X, para convertirse —según palabras del gran investigador de los manuscritos ri-
vipullenses Rudolf Beer— en uno de los primeros centros de cultura monástica de la Alta
Edad Media europea.

Junto con el preclaro Monasterio de Santa María de Ripoll hay que mencionar, formando como una aurea cadena de cenobios en las tierras gerundenses, el Monasterio de San Juan de las Abadesas, el de San Pedro de Camprodón, aguas arriba de la corriente del Ter, ya en tierras rosellonesas los monasterios de San Miguel de Cuixá y San Martín del Canigó. En la ribera del Segre, en la bella confluencia con el Balira, había la vieja sede episcopal de La Seo, famosa ya por la tradición de sus Santos y sus doctos varones; mencionaremos sólo a San Justo de Urgell que había comentado magníficamente el Cantar de los Cantares. Toda esta constelación de cenobios enclavados dentro de las tierras gerundenses o lindantes con ellas, nos explicará el milagro que se operó en nuestras tierras altas gerundenses, en el sentido de que a través de ellas asomó la primera alborada cultural en aquella larga noche de tinieblas de la segunda mitad del siglo X.

Se preguntará el lector: ¿Cómo fue posible tal milagro de cultura en aquellas alejadas y ásperas tierras pirenaicas? Creemos que ello puede explicarse por diferentes causas. Primeramente por que allí velaba una gran solera de la vieja cultura visigótica o isidoriana, uno de cuyos exponentes fue precisamente el mencionado San Justo de Urgel. En dichas tierras altas pirenaicas, que no fueron holladas o subyugadas por el poder musulmán, pudo mantenerse más fielmente la vieja tradición isidoriana, los antiguos manuscritos se conservaron y no se padeció el impacto terrible de las algazúas musulmanas. Así

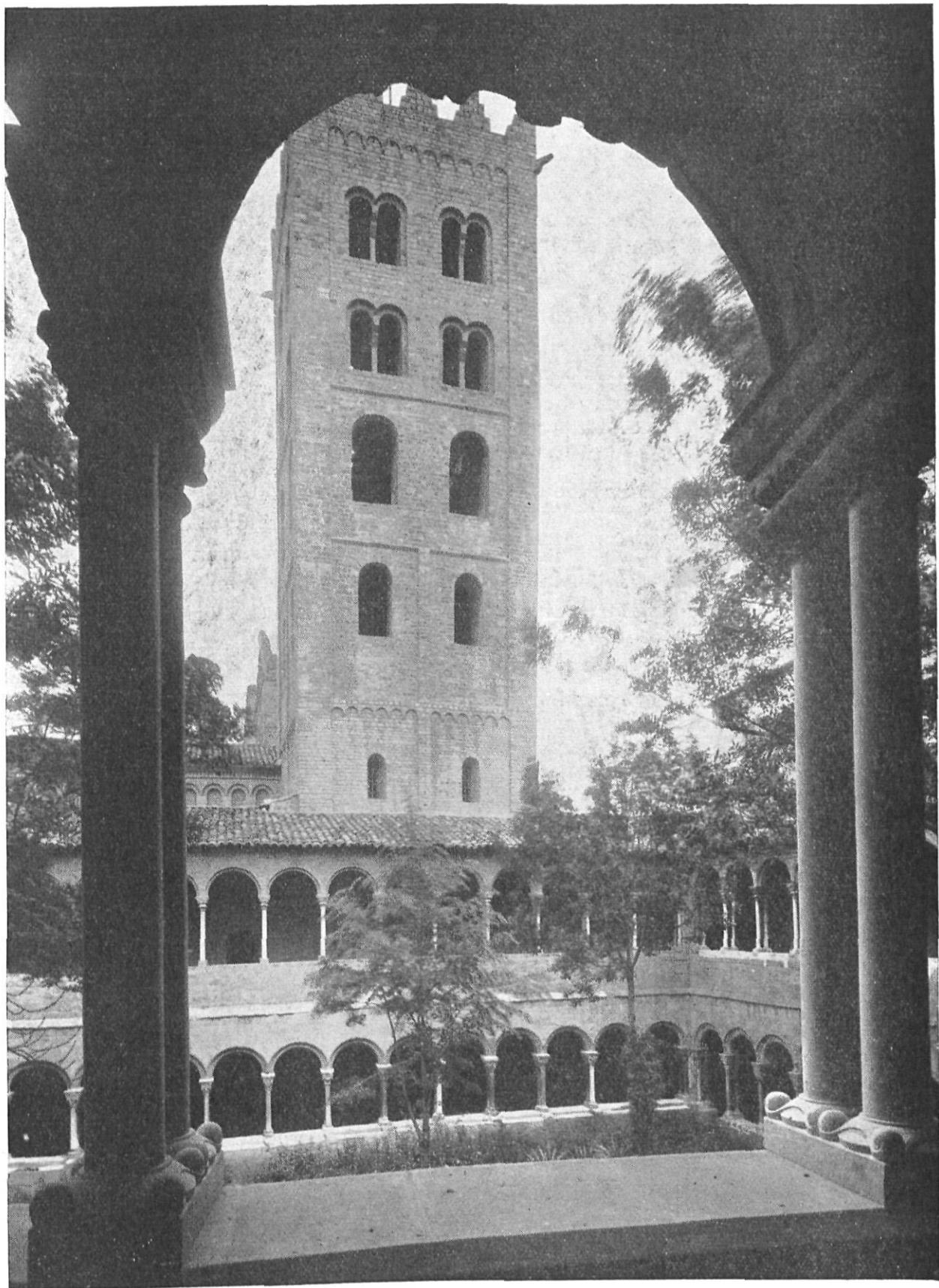
tenemos que San Eulogio de Córdoba, en pleno siglo IX, se traslada hacia las tierras pirenaicas de Navarra, a fin de beneficiarse de su vieja cultura monástica y poder consultar sus venerandos códices. O sea, que en los centros religiosos de estos valles pirenaicos no se registra una solución de continuidad en la vieja cultura visigótica y mozárabe.

En segundo lugar, dichas tierras se beneficiaron grandemente de la eficacia del Pequeño Renacimiento Carolingio; Carlo Magno veló mucho para liberar de la morisma las tierras que habían de constituir la Marca Hispánica, los condados que se escalonaban a lo largo de la cordillera Pirenaica; el mismo glorioso Emperador pasó los puertos pirenaicos para ayudar personalmente con sus ejércitos a la obra de la Reconquista. En su corte de Aquisgrán se acogieron insignes estudiosos venidos desde los más lejanos países del Occidente Europeo, estudiosos que representaban las dos grandes corrientes de la cultura entonces imperante: irlandeses como el célebre Alcuino de York o de origen visigótico, como el no menos célebre Teodulfo de Orleans. También tuvo que acudir a la Corte imperial Félix de Urgel, citado por el mismo Emperador en virtud de las querellas teológicas a que dicho autor dio lugar. De modo que la cultura que irradió dicho Renacimiento Carolingio benefició a los centros culturales y monacales de estos valles pirenaicos de Gerunda. Como vimos, en el cenobio de Santa María de Ripoll había manuscritos de indudable origen carolingio, y la bella letra francesa o carolingia se empleó muy pronto en los *scriptoriums* de Vich y de Santa María de Ripoll.

Pero aún hay otra razón que nos explicará adecuadamente este milagro cultural, esta primera alborada de ciencia que irradió sobre Europa a través de los cenobios benedictinos de los altos valles gerundenses, y ello es que los Abades y escolásticos de dichos cenobios gerundenses pudieron ya muy precozmente beneficiarse de la gran cultura científica que, a mediados del siglo X, brillaba en la Córdoba califal de Abderrahmán III y Al-Haquem II. Es un hecho universalmente reconocido que gracias al mecenazgo cultural de estos dos califas se instauró, a mediados del siglo X, un auténtico clima de ciencia y letras en la andaluza Córdoba, la cual de esta manera vino a ser como la heredera de la oriental Bagdad.

Pero preguntará el lector ¿cómo pudieron los prelados y abades gerundenses ponernse en relación con la refinada cultura cordobesa? ¿Es que por acaso sabrían ellos la lengua árabe? Desde luego es un hecho que a lo largo del pacífico califato de Al-Haquem II fueron a Córdoba una serie de embajadas catalanas enviadas de parte del Conde Borrell de Barcelona, y según datos de un historiador árabe, en el mes de junio del año 971 llegaba a Córdoba una embajada catalana presidida por el Conde Bonfill, a fin de consolidar la paz con el Califa cordobés. Las grafías del manuscrito árabe están un poco vacilantes, pero es probable que en este Conde Bonfill haya que ver al Obispo de Gerona Miró Bonfill, el cual era el tercer hijo del Conde Mirón de Cerdaña y Besalú; en el año 941 era ya clérigo en la iglesia de Gerona durante el episcopado del célebre Arnulfo «*Vir per cuncta laudans*» (varón digno de ser alabado por todos) y, sobre todo, muy celebrado por su gran cultura en letras sagradas y profanas. Además de Obispo de Gerona, Arnulfo, fue Abad del Monasterio de Santa María de Ripoll, y seguramente veló para el aumento del número de manuscritos en su *scriptorium*.

A la muerte de Arnulfo le sucedió en la silla episcopal de Gerona el citado Miró Bonfill, también muy celebrado por su amplia cultura y por sus conocimientos en lenguas clásicas: prodigaba incluso los helenismos en su estilo latino, pero también sabemos que Miró Bonfill, obispo de Gerona, tenía conocimiento de la cultura científica oriental en Es-



Monasterio de Santa María de Ripoll.

paña, pues el célebre Gerberto, quien había estudiado en Vich y en Ripoll le escribe en el año 984 pidiéndole la obra «*De multiplicatione et divisione numerorum*» del sabio Yoseph Hispano. Seguramente que esta obra era una derivación de la Aritmética arábiga, de solera índica, que empleaba ya las cifras árabes para la multiplicación y la división, operaciones que no eran viables con las letras romanas dotadas de valor numérico. O sea, que el Obispo Miró de Gerona ya disponía de una traducción latina de una obra de Aritmética árabe, muy probablemente traducida por algún mozárabe o algún judío bilingüe. Hay que tener en cuenta que por este tiempo ya aparecen dibujadas las nueve cifras árabes con el cero, por vez primera en Europa, en venerables códices de los monasterios de Albelda y San Milán de la Cogolla.

Estas relaciones culturales del Obispo Miró de Gerona con la ciencia árabe de Córdoba, que podría ser un efecto de su mencionado viaje de embajada, se corroboran aún más con las relaciones que su predecesor en la Sede episcopal de Gerona, el Obispo Gotmar, mantuvo con el gran Califa Al-Haquem II de Córdoba. Este Califa, tan amante de las letras y de las ciencias y tan celoso propulsor de la paz, clima indispensable para el cultivo de aquéllas, quiso disponer en su gran biblioteca de palacio, de una Historia de los Reyes Francos; pues bien, el encargado de escribirle esta Historia de los Reyes Francos fue nada menos que el Obispo Gotmar de Gerona. Si bien se ha perdido el original latino que escribiría el Obispo Gotmar se ha conservado la traducción y resumen árabe intercalada por el célebre historiador Massudí en su obra, «*Las praderas de oro*». Testimonio e índice elocuente de tales relaciones entre la Iglesia de Gerona y el Califa Al-Haquem II es la magnífica arqueta que aquella guarda, bello exponente de la orfebrería árabe que entonces florecía en Córdoba bajo el mecenazgo del Califa Al-Haquem II. En verdad, puede envanecerse la Seo gerundense con la posesión de tal joya del arte árabe.

Estas relaciones que los dichos prelados de Gerona mantuvieron con el clima cultural de Córdoba, ya con mozárabes, ya con los mismos musulmanes, puede también explicarnos la presencia o la llegada posterior al tesoro de la Catedral gerundense, del célebre códice del Comentario del Apocalipsis, de Beato, del siglo x, y que fue exornado con el estilo orientalizante, de cálidos y densos contrastes de luz, tan típico del arte mozárabe. Así mismo el célebre tapiz de la creación, que se guarda en la Catedral gerundense, ofrece, al parecer, elementos decorativos de clara influencia mozárabe. Entonces en aquel final del siglo x estaba de moda el arte mozárabe o árabe, del cual encontramos tan precoces reflejos en la vieja Cataluña de las tierras gerundenses.

Al mismo fenómeno de estas corrientes mozárabes se debería la presencia en el *Scriptorium* de Ripoll, de algunos venerables códices, los cuales ofrecen en sus márgenes algunas notas en caracteres árabes. Así, por ejemplo, el *Liber Sententiarum Sancti Gregorii*, guardado en el manuscrito núm. 49 del fondo de Ripoll —actualmente en nuestro Archivo de la Corona de Aragón—, el cual ofrece algunas glosas en sus márgenes que prueban que su poseedor estaba más familiarizado con el árabe que con el latín clásico; así, también, el manuscrito núm. 168 que contiene el *Boethius de Arithmeticā*, manuscrito de finales del siglo x y también de origen mozárabe, pues ofrece en sus márgenes unas notas en árabe, de carácter aritmético, muy interesantes para el estudio de la terminología aritmética árabe. Pero la influencia árabe, o mejor dicho, mozárabe, se extendió tanto en la zona del arte como en la de la ciencia, y así se han encontrado viejos capiteles del monasterio de Ripoll y aún de la antigua basílica de Vich, tallados según las normas artísticas de la técnica árabe, o sea, con las hojas del acanto muy estilizadas. La misma temática zoomorfa de algu-

nos capiteles, ya algo posteriores, es de indudable procedencia oriental, derivando del arte babilónico o sasánida a través del conducto árabe. De modo que, vistos tales supuestos históricos, no ha de parecer paradógico que las iglesias de los valles gerundenses ostenten trazas de influencia mozárabe y que los condados gerundenses fueran, tanto geopolíticamente como culturalmente, como un puente tendido entre la Hispania y la Galia.

Pero nada nos muestra con tan elocuente objetividad este hecho como la discencia en el monasterio de Santa María de Ripoll y en la vecina sede episcopal de Vich del monje Gerberto, venido expresamente desde el cenobio de San Giraldo de Aurillac, en la Auvernia francesa, en el año 967, para aprender junto al Obispo Atton, de Vich, los saberes científicos desde la Aritmética y Geometría hasta la Astronomía y la Música, que entonces florecían en nuestras tierras, en duro contraste con la ignorancia general en Europa. Pues bien, Gerberto estudió hasta el año 969 en los *Scriptoriums* de Vich y de Ripoll, y pudo beneficiarse de este primer crepúsculo de ciencia árabe traducida al latín, que se contenía entonces en algunos manuscritos del *Scriptorium* de Ripoll. El más notable de estos manuscritos es, sin duda, el núm. 225, que es un corpus misceláneo de tratados de Aritmética, Geometría y Astronomía de origen árabe, escrito a mediados del siglo x. Seguramente que el joven estudiante, Gerberto, aprendió en dichos manuscritos latinos de tradición árabe el nuevo cálculo aritmético a base de las cifras árabes, el empleo del astrolabio plano o esférico con la serie de problema de índole computístico, astronómica, que permitía resolver.

Toda esta nueva ciencia que Gerberto aprendió en el *Scriptorium* de Ripoll le mereció luego una gran fama, casi mágica, cuando Gerberto fue el maestro de la escuela episcopal de Reims, de Bobbio o de la corte imperial de Otón I de Alemania. Todo el mundo se hacía lengua del saber maravilloso de aquel joven monje, y en verdad él fue el primer pionero que enseñó la nueva ciencia en Europa. Por esto, Gerberto no se olvidaba de sus fecundos años de estudio en las viejas tierras gerundenses y escribía a menudo al Obispo Miró Bonfill de Gerona pidiéndole obras de esta nueva ciencia sobre Aritmética o sobre Astronomía y también escribía a un *Lupito Barchinonensi* quien había traducido al latín un Tratado de Astronomía «...librum de astrologia translatum a te mihi petenti dirige...»; al parecer, este Lupitus hay que identificarlo con el Lupitus o Lobetus, Abad del Monasterio de Arles en el Vallespir, bajo la falda del Canigó, y el cual era hombre de gran formación científica «sciencia literari pleniter instructo».

Esta alborada de cultura científica que amaneció precozmente en los cenobios de las altas tierras gerundenses, desde las orillas del Ter y del Fresser hasta las del Tech y Tet en el Vallespir y Rosellón, ya no había de interrumpirse después a lo largo del siglo xi llegando así al primer y decidido Renacimiento científico del siglo xii que ya preludía la fundación de las Universidades. Los grandes cenobios benedictinos formaban como una familia, como una aurea cadena monástica; se prestaban los manuscritos unos a otros, o se remitían copias de los mismos, y así la primera cultura científica, auténticamente científica y solera de la ciencia actual, irradió desde el *Scriptorium* de Ripoll a los otros cenobios benedictinos del sur de la Galia, a las Escuelas lore-nesas que aprendieron con Gerberto y a los mismos cenobios del fondo de la Germania desde Saint Gall a Reichenau. Esta fue la función típica, de puente de transmisión, que ejercieron en días de crítica prueba los centros culturales de las tierras gerundenses.